

CAPITULO IV.

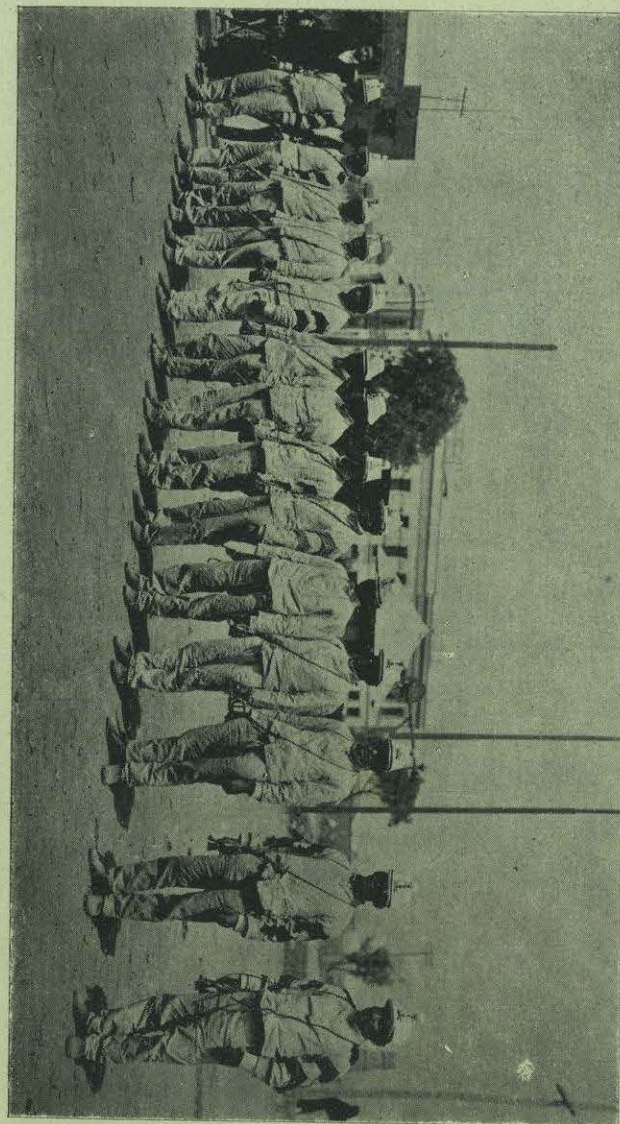
Díaz pierde su primera batalla.

Si la vida de Porfirio Díaz fué, como es natural, influenciada por la herencia, la atmósfera y el lugar en que pasó su niñez la influenciaron de un modo no menos importante. Los que han tenido bastante oportunidad de tratar con niños en diferentes países, habrán notado que sus hábitos y sus juegos no son sino el reflejo de las costumbres del lugar en que viven. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en Canadá y en todos los demás países anglo-sajones, donde se acostumbran mucho los deportes, los niños pequeños imitan y juegan con el mismo entusiasmo los mismos juegos que los de más edad. Aquí en México, donde los deportes no constituyen un factor importante en la vida de la juventud, los niños, como es natural, y en todas partes sucede, imitan lo que ven; y así, el juego más acostumbrado entre ellos, es una imitación de las corridas de toros. Los niños americanos é ingleses en México, no están exentos de esta influencia; pues juegan á los toros con tanto gusto como los niños mexicanos, á quienes con frecuencia aventajan en este deporte.

La atmósfera en la cual se pasa la infancia, es de gran importancia en el futuro del niño. Porfirio Díaz estuvo en sus primeros años rodeado de una atmósfera guerrera. Se respiraba guerra por todos lados. Y no se escapó Oaxaca del terrible flagelo de la guerra, la cual llevó, como era de esperarse, innumerables calamidades; siendo una de ellas aumentar las dificultades en la lucha por la existencia. Los ejércitos iban y volvían; aventureros audaces frecuentaban la ciudad y se daban el lujo de gastar regiamente el dinero que habían ganado en sus correrías. La guarnición de la ciudad tuvo que ser doblada para defenderla de los ataques de los bandoleros. Se veían

con frecuencia en la población veteranos que regresaban de las filas contando mil proezas. Las conversaciones que se oían en las calles, plazas y demás lugares públicos, generalmente versaban sobre asuntos de batallas, expediciones de la multitud de merodeadores que pululaban por la ciudad y aventuras atrevidas de los valientes montañeses, á quienes tanto se admiraba, ó sobre los movimientos de las tropas de los jefes militares más conocidos. En el seno de las familias también se hablaba de guerras y más guerras. Los resultados de estas condiciones desastrosas fueron penosos para las gentes mayores, que tenían á su cargo el soporte de sus familias; pero para los niños, que aún no habían comenzado á sentir el peso de la responsabilidad, les sonaba aquello como agradable historia de alguna tierra encantada donde todo eran aventuras, en las cuales los protagonistas se movían en un escenario admirable de contemplar. Los niños más débiles se contentaban con soñar en estas historias, pero los caracteres más audaces, como los dos jovencitos Díaz, de naturaleza fuerte y activa inteligencia, trataban de vivir en su niñez la vida emocionante que llenaba la atmósfera á su redor.

Los mismos juegos con que se divertían estaban llenos del espíritu guerrero que se respiraba en el aire de Oaxaca, y en todos estos juegos eran ellos los promotores y directores. Porfirio, que era el más atrevido y el de más recursos, daba siempre la iniciativa en las variaciones de este deporte militar. Aún en esta edad temprana mostró gran capacidad como organizador, cualidad que ha sido desde muy al principio de su notable carrera, una de las más relevantes que ha poseído. Organizaba á los niños de la escuela en ejércitos, que distribuía en compañías y batallones con sus respectivos oficiales, y los hacía marchar de arriba para abajo por las calles de la ciudad. Pero viendo que el deporte así arreglado no era suficientemente realístico, organizó dos fuerzas contendientes y las hizo pelear una contra otra. Los jo-



BANDA DE CORNETAS DEL EJÉRCITO MEXICANO.

vencitos Díaz sentían siempre en este juego, una extraña atmósfera de realidad que les fascinaba. Era la reflexión de la vida real de que estaban rodeados.

Uno de los juegos favoritos de los hermanos, cuando no estaban organizando ejércitos y haciéndolos evolucionar por las calles de Oaxaca ó luchar en reñidos encuentros, era el que ellos llamaban su práctica de artillería. Habían comprado en las tiendas un pequeño ejército de soldados de plomo, el que colocaban en formación, y con un cañoncito cargado con frijoles, hacían fuego sobre la línea de soldados. El que lograba derribar mayor cantidad de éstos en cierto número de tiros, era declarado victorioso. Este deporte tenía para los dos niños el mayor atractivo, y en poco tiempo lograron ser muy expertos en el manejo de su cañón de juguete, que era en realidad, una máquina de guerra en miniatura.

Un día estaban los hermanos ocupados como de costumbre en su práctica de artillería, y un estudiante, muy absorbido en la lectura de un libro, pasó por el lugar donde ellos jugaban, y sin darse cuenta atravesó el propio centro del campo de batalla en miniatura. Ya el cerillo encendido había sido acercado á la mecha, cuando le tocó cruzar la línea de fuego. Antes de que los dos pequeños generales, que estaban dirigiendo el ataque contra el inerte enemigo de soldados de plomo, realizaran el peligro para el nuevo factor que tan inesperadamente se había introducido, el cañón había lanzado su carga de frijoles en las pantorillas del confiado estudiante, quien lanzó un grito de terrible alarma que hizo acudir á todo el vecindario. Esto introdujo otro factor en el problema militar: doña Petrona, que se lanzó á la escena de la batalla con un ímpetu al que nada podía resistir. Era como si un ciclón de los de Kansas hubiera sorprendido al ejército de los Estados Unidos. No había ni tiempo ni modo de defenderse. Semejante plan de ataque nunca había sido registrado en los anales de la guerra, ni podía haber sido previsto, por lo menos en aquellos días de atraso en que los profetas habían ya dejado

de ejercer su vocación, y los adivinos no habían aún salido á la palestra reclamando lugar, honores y ganancias en el concierto de la vida.

En todas sus experiencias guerreras nuestros jóvenes no se habían encontrado antes con un problema militar tan desconcertante; y se les vino encima tan repentinamente, que no tuvieron tiempo para preparar un plan de defensa! Así es, de que el nuevo enemigo barrió el campo de batalla bajo las bocas de la hasta entonces invencible artillería, mientras que el paciente ejército de soldados de plomo contemplaba con silenciosa aquiescencia, cómo era tomado el reducto, el cañón desmontado é inutilizado, el almacén de pólvora destruído y la provisión de parque de frijol esparcida por todo el campo de las fortificaciones! A buen seguro, que en toda su futura vida militar, los dos hermanos Díaz nunca sufrieron una derrota tan completa y tan abrumadora!